

Marea roja. La familia de la izquierda argentina. Entre el kirchnerismo, las nuevas luchas sindicales y la amenaza de la fragmentación. Buenos Aires: Editorial Sudamericana, 2010.

Daniel Kohen

Por **Martín Mangiantini**
ISP Joaquín V. González / UTDT

Punto de partida y polémica

Antonio Gramsci se posicionaba opositor a la creencia sobre la posibilidad de una independencia política por parte de los intelectuales. En este sentido, cada intelectual es consciente de su relación con una clase fundamental y, por ende, con un proyecto económico-social determinado. Este teórico se refería a los intelectuales orgánicos como aquellos encargados de asegurar el aparato de coerción estatal y garantizar el consenso de las masas a la clase dominante. En las líneas que seguirán a continuación, se realizará un análisis sobre el libro *Marea Roja* de Daniel Kohen, trabajo en el que el autor buscó analizar qué papel posee, en la actualidad, la izquierda revolucionaria argentina. Se trata de un trabajo cuyo autor muestra una pretensión (no asumida) de convertirse en un intelectual orgánico del proyecto económico-social kirchnerista vigente en Argentina desde el año 2003. El éxito final de esta empresa, como se verá, es discutible.

El objetivo de Kohen en *Marea Roja* es demostrar que, en Argentina, la izquierda revolucionaria es una tendencia marginal, inmersa en disputas internas, e inserta en un microclima político (Kohen, 2010:14). En relación con esta afirmación se encuentra el posicionamiento político del autor, quien entiende que, desde la llegada del kirchnerismo al poder, la izquierda revolucionaria se convirtió en una tendencia menor, carente de peso e inserción. Se desprende paralelamente, y como una constante de su análisis, que el kirchnerismo se transformó en el proyecto posible más progresivo en la actual coyuntura nacional. Para el autor, “este movimiento significó un grito de rebeldía contra los poderes hegemónicos del país y una agenda política progresiva que impactó en la sociedad, especialmente en la juventud” (Forster, 2011). En concordancia con ello, Kohen afirma en sendos reportajes que “la incapacidad de la izquierda en Argentina recae justa-

mente en superar el divorcio trágico y absurdo que existió siempre con las alternativas nacionales y populares” (Ibídem).

A partir de esta afirmación, el autor identificará dentro de la denominada “izquierda argentina” la existencia de cuatro tendencias diversas (denominadas por él con el mote de “familias”): la socialdemocracia o centroizquierda (en donde ubica experiencias como el Frente Grande o el Frepaso); el autonomismo (ideología propia de ciertos movimientos sociales que reniegan de la disputa directa por el poder); la izquierda nacional y popular (definida por aquellas organizaciones que sirven de base social al kirchnerismo, tales como el Movimiento Evita o La Cámpora) y, por último, lo que el autor denomina como la izquierda leninista en donde incluye al total de las diversas tendencias que se reivindican marxistas-leninistas, a saber, el trotskismo, el maoísmo, el comunismo, el guevarismo, entre otras. Esta última tendencia (claro está, escasa en matices y excesivamente generalizada por el autor) será el objeto de preocupación y estudio de *Marea Roja*.

Ahora bien, el mismo desarrollo del trabajo ya encarna su principal contradicción con la hipótesis que sirve de disparador. La intención del autor de demostrar la supuesta marginalidad de la izquierda leninista en la política nacional no es coherente con un desarrollo de la investigación en la que, a lo largo de cada uno de sus capítulos, se describe el papel concreto (y en ciertos casos, clave) que la izquierda poseyó en determinados procesos políticos de los últimos años. La importancia de la izquierda en las conquistas de los trabajadores del subterráneo, su papel en la recuperación de la FUBA, su inserción en los conflictos obreros más importantes de los últimos tiempos, tales como el Casino o Kraft, son algunas de las temáticas desarrolladas por el autor en las que se describe la real inserción de las organizaciones de izquierda en los distintos procesos. Por ende, de haberse limitado el autor a una crítica sobre el tipo de metodología o acerca de la forma de participación de la izquierda en los diversos conflictos, *Marea Roja* sería simplemente una polémica política a entablar. No obstante, dada la contundente afirmación sobre la marginalidad política de este sujeto, que contrasta con los mismos ejemplos que el autor presenta a lo largo del texto, la investigación se transforma, desde su origen, en una contradicción difícil de comprender. Por otro lado, el mismo Kohen argumenta que más allá de la debilidad de esta izquierda, “la misma es invocada y responsabilizada ante cada desborde social y político existente” (Kohen, 2010:14). Es por lo menos paradójico que una corriente hipotéticamente marginal sea sistemáticamente atacada. Basta recordar las acusaciones de sabotaje del ex ministro Aníbal Fernández al Partido Obrero por los incidentes producidos con los usuarios del ex ferrocarril Sarmiento, la reciente y absurda detención del delegado ferroviario y miembro de Izquierda Socialista, Rubén Pollo Sobrero, los múltiples procesamientos judiciales por protesta social o conflictos sindicales (como, por ejemplo, Kraft), las denuncias por parte del secretario adjunto de la CGT sobre la existencia de una “zurda loca” en el país, entre otros casos. Todos estos son ejemplos que ponen de manifiesto que esa izquierda (para Kohen, marginal) es tomada como interlocutor y opositor político por parte del régimen de turno.

Dicho esto, pondremos de manifiesto dos límites que presenta este trabajo. En primer lugar, desde un punto de vista metodológico, en cuanto a la construcción por parte del autor de esta narración y, por otro lado, en relación con la perspectiva política, teórica y conceptual que Kohen utiliza para el análisis de la “izquierda leninista”.

Problemas metodológicos

No consideramos que exista una separación entre la historia académica y la historia militante o política. Creemos que toda historia es política, que todo historiador es un sujeto social y político y que, por ende, pensar en la historia como un campo de estudio objetivo carece de total sentido. Sin embargo, la subjetividad de las conclusiones y de las reflexiones debe ir de la mano de una metodología de investigación y de formas de abordaje que permitan extraer esas opiniones. Sin extendernos en un análisis sobre los aspectos metodológicos que intervienen en cualquier tipo de investigación histórica, remarcaremos algunos inconvenientes que se presentan a lo largo de este relato y que colaboran con la debilidad de las afirmaciones que se desprenden del mismo. Básicamente, pueden identificarse tres problemáticas principales.

En primer lugar, siendo el objetivo del trabajo caracterizar el papel que la izquierda jugó en los diversos conflictos elegidos por el autor, resulta más que llamativo el tipo de narración que se utilizó. Cada uno de esos conflictos / capítulos es narrado a través de una abundante factualidad (en la mayoría de los casos se utilizó una sucesión cronológica de los hechos a través de un relevo de los periódicos argentinos de circulación cotidiana) y con un estilo básicamente descriptivo de los sucesos. Es llamativo que teniendo el autor como objeto de estudio a la izquierda, el porcentaje mayor de esas descripciones esté acaparado por el papel de otros actores de peso tales como el aparato estatal (ya sea nacional o municipal, según el conflicto), la burocracia sindical o los trabajadores no enrolados en estructuras partidarias para, finalmente, en escasas líneas, mencionar superficialmente el papel de las organizaciones de izquierda. Estas menciones terminan, en la mayoría de los casos, con afirmaciones sin contextualización, desarrollo ni argumentación alguna. En el caso de los conflictos del subte, Kohen afirma que la izquierda no tiene tanto peso como suele creerse (Kohen, 2010:70-71), aseveración que no se acompaña de un relevo estadístico o de la presentación de diversos datos que avalen lo dicho¹. Cuando se refiere al conflicto de Kraft, el autor se limita a afirmar que la izquierda no tuvo vocación de negociar (en un conflicto que incluyó centenares de despidos), sin poder dejar en claro en ningún momento qué papel jugaron esas criticadas organizaciones de izquierda. El análisis del conflicto de los estudiantes de la FUBA es más llamativo aún. Luego de describir el autor la importancia de la izquierda en la expulsión de Franja Morada de la conducción, en el impedimento a la asunción de un hombre ligado a la dictadura como Atilio Alterini como rector de la UBA y en la obtención de la conducción de diversos centros de estudiantes, Kohen afirma que a la izquierda le faltó capacidad de negociación porque "apostó al todo o nada" (Kohen, 2010:161). Más allá de contradecirse con las conquistas mencionadas, lo que el autor está criticando aquí a la izquierda es el haber pretendido garantizar un programa de reformas y democratización de la Universidad que fuera un compromiso a asumir por parte de cualquier futura autoridad. En un terreno como el de la universidad en el que abundan los acuerdos subterráneos, la corrupción y la política de pasillos, Kohen le critica a la izquierda el apostar a la concreción de un programa de reformas y no ser partícipe de este juego.

En segundo lugar, una de las principales debilidades de la investigación recae en que las afirmaciones que esgrime el autor a lo largo del trabajo no se ven acompañadas de justificaciones, explicaciones y argumentaciones consistentes que sirvan como aval a lo dicho. El autor pretende avalar sus afirmaciones utilizando el recurso de citar a un ter-

ceros. Así, recurre a dos variantes (ambas, metodológicamente limitadas). En ocasiones, justifica sus afirmaciones a través de la cita de otro autor que considera una opinión autorizada. A lo largo del libro, Kohen se apoya constantemente en dos autores: Horacio Tarcus (confeso crítico de los partidos de izquierda) y Marta Harnecker (socióloga de oscilantes posiciones que fueron desde el castrismo hasta el autonomismo). En otras ocasiones, apoya sus opiniones en fuentes tan informales como improbables (abundan en el relato frases del estilo “un militante le dijo al autor de este libro que...”, “Alguna vez un ex militante me contó que...”). Es notoria la ausencia de documentación de fortaleza: búsqueda en los archivos de las organizaciones estudiadas, relevo de los dichos de los protagonistas de la dirigencia de izquierda que implique un seguimiento de un proceso y no un recorte de alguna frase suelta, entrevistas adecuadamente documentadas y citadas, etc.

Por último, el trabajo carece de sustento teórico de peso sobre la temática abordada. Esto es notorio al indagar en la misma bibliografía utilizada por el autor: se analiza a la izquierda marxista – leninista y no se hallan presentes en el cuerpo consultado y utilizado por el autor trabajo alguno de Marx, Lenin, Trotsky o Mao. Esto supone que las afirmaciones que se realizan sobre la aplicación de estas teorías por parte de las criticadas organizaciones son tomadas de fuentes secundarias (tales como Tarcus o Harnecker). Se menciona el fenómeno de la izquierda autonomista pero no se analizan sus autores principales como Toni Negri o John Holloway, o bien autores que (desde las ciencias políticas) profundizaron las problemáticas de los denominados Nuevos Movimientos Sociales tales como Tarrows, Davies o Della Porta. Es inexistente también el abordaje de aquellos teóricos sobre la dinámica y problemática de las estructuras partidarias (dentro de las que se insertan las organizaciones marxistas-leninistas que se estudian) tales como Sartori, Panebianco o Duverger.

Límites político-conceptuales

En este apartado nos proponemos analizar aquellas afirmaciones políticas más controvertidas que se desprenden del relato de Kohen en torno a las características y al funcionamiento de las organizaciones que se encuadran dentro de la “izquierda leninista”.

El funcionamiento interno de las organizaciones:

En primer lugar, el autor afirma que más allá de la heterogeneidad de la izquierda leninista existen rasgos que son comunes a todos. Por un lado, el aspecto político-organizativo (la creación del partido revolucionario de la clase obrera como estrategia para la toma del poder) el cual debe tener una composición orgánica mayoritariamente proletaria y un programa que represente los intereses históricos de la clase trabajadora. Para Kohen, la adopción del modelo bolchevique trajo diversos problemas, siendo uno de los principales la puesta en práctica del centralismo democrático como funcionamiento interno. Para el autor, dentro de los partidos la discusión en la base militante es absolutamente limitada, generando una distancia entre dirigentes y bases y convirtiendo a estas organizaciones en autoritarias y burocráticas (Kohen, 2010:39). Es evidente que se desprende de aquí un cierto desconocimiento sobre este mecanismo. En primer lugar, es útil aclarar que el centralismo democrático es un tipo de funcionamiento que cuenta con

dos aristas: por un lado, la disciplina interna y por otro lado, la democracia en el interior de la organización. La disciplina partidaria se relaciona con la necesidad de que la organización funcione, en ciertas oportunidades, coordinada y rápidamente. A su vez, se liga a un proceso por el cual, las bases partidarias delegaban en su dirigencia determinadas decisiones y acciones que deben ser resueltas en un plazo acotado y por lo tanto, no pueden ser puestas a discusión por el conjunto de la organización. Por su parte, la democracia interna tiene que ver con la posibilidad de discutir la línea y la política a sostener por el partido por parte de cualquiera de sus integrantes, sean éstos altos dirigentes o simplemente militantes de base. El grado de centralismo o de democracia dentro de una organización suele estar ligado a la coyuntura política (es evidente que en períodos más represivos se impone una centralización y una disciplina más rígida que en etapas en las que un partido funciona en una coyuntura más democrática). Por ende, pensar este mecanismo como una constante inalterable no es adecuado. Por otro lado, negar la existencia de debates dentro de las organizaciones políticas leninistas es desconocer parte de su dinámica. La discusión política, el estudio, el análisis, son una constante de estas organizaciones. De hecho, las rupturas que se produjeron a lo largo de la historia no serían comprensibles de no producirse un notorio espacio de discusión en las diversas esferas de las organizaciones. Que luego de los debates exista una línea política unificada hacia el afuera es algo que incluso excede a la izquierda leninista y es propio de cualquier estructura política que no se encuentre inmersa en una crisis estructural.

Otro aspecto que Kohen identifica como común dentro de la izquierda leninista argentina recae en su aspecto teórico-programático. El autor afirma que la izquierda tiene "pobreza teórica" dado que es incapaz de poder entender y significar otros procesos que se aparten del paradigma de la Revolución Rusa. Esto la lleva, para él, a ser incapaz de entender y proponer políticas que se adecuen a la situación argentina. Citando a Tarcus, el autor afirma que "no existieron intentos serios de llevar estas ideas a la realidad local". De esta afirmación se desprende un desconocimiento (o bien desprecio) por aquellas producciones de diverso tipo que surgen del campo del marxismo en diversos rubros: propuestas realizadas por economistas para la transformación económica-social del país (los manifiestos del grupo EDI o las propuestas alternativas durante el conflicto del gobierno con el campo son algunos ejemplos); producciones artístico-culturales (música, documentales, representaciones teatrales que surgen de estructuras colaterales a las organizaciones de izquierda) e innumerables producciones académicas (desde la historia o la sociología, por ejemplo).

En tercer lugar, Kohen encuentra como característica común de la izquierda argentina su perfil emocional. El autor critica que las estructuras leninistas realizan un culto al líder que dirige la organización y que los militantes tienen de éste una "admiración profana". El autor se basa en la experiencia de Nahuel Moreno, principal dirigente del MAS hasta su muerte en 1987 y, actualmente, en el liderazgo de Jorge Altamira en el PO sobre quien Kohen (en una absurda comparación) afirma que "es tremendamente paradójico que Altamira dirija el PO desde hace 45 años y hable, a la vez, de burocracia sindical" (Forster, 2011). Según el autor, esta dirigencia (anticuada) es incapaz de comprender las nuevas situaciones culturales o sexuales que aparecen (Kohen, 2010:43-44). Dos aspectos pueden debatirse de esta afirmación. En primer lugar, la izquierda fue vanguardia en reivindicaciones de tipo cultural o sexual a lo largo de su historia. El autor desconoce, por ejemplo, que en los setenta fue justamente la corriente de Nahuel Moreno una de

las primeras en pugnar por la defensa de los derechos de los homosexuales u omite que actualmente es la izquierda la principal impulsora de la despenalización del aborto mientras que el kirchnerismo vetó la posibilidad de este debate una vez iniciado. Por otro lado, resulta paradójico que un autor que se posiciona dentro del campo “nacional y popular” se jacte de la reivindicación de los liderazgos y personalismos tan propios de esta corriente (la figura de “Néstor”, “Cristina”, “La fuerza de Él”, amén de los históricos símbolos e iconografías peronistas).

Ubicación ante el kirchnerismo:

En lo que pareciera ser la principal preocupación del autor, Marea Roja intenta demostrar que la izquierda sufrió un golpe con el ascenso kirchnerista en el 2003 porque esta tendencia se transformó en un competidor en los espacios de movilización y en las propias demandas de la izquierda como, por ejemplo, los derechos humanos (Kohen, 2010: 180). Este punto de partida es confuso porque ignora la básica e histórica diferencia político-ideológica que existe entre la izquierda y el peronismo y que excede a esta polémica. Efectivamente, el kirchnerismo se transformó en un desafío para la izquierda argentina pero no en el sentido planteado por el autor en cuanto a competencia temática sino porque uno de los principales éxitos alcanzados por la gestión iniciada en el año 2003 fue la parcial recomposición de una democracia indirecta, liberal y burguesa que, en las jornadas de diciembre de 2001, se empezó a cuestionar. Esto es lo que generó un nuevo desafío para el campo de la izquierda a partir de esta etapa.

Por otro lado, y en relación con el disparador, Kohen denuncia que la izquierda se transformó, desde 2003, en una férrea opositora al gobierno, presente en cada conflicto que se desarrolle, “denunciando al gobierno nacional, en la búsqueda de la acumulación política” (Kohen, 2010: 68). Aquí el autor demuestra cómo de una obviedad se puede gestar una supuesta crítica. En primer lugar, se coloca como crítica la presencia de la izquierda en los diversos conflictos acaecidos. Es evidente que durante el período kirchnerista, la izquierda apareció como opositora a este proyecto y, de hecho, sostuvo reivindicaciones y banderas que el gobierno nacional evitó: el esclarecimiento por la desaparición de Jorge Julio López; el gatillo fácil, la corrupción policial y la impunidad reflejada en casos como el de Luciano Arruga; la despenalización del aborto como forma de evitar las miles de muertes anuales de mujeres pobres en la clandestinidad; el rechazo al saqueo de los recursos naturales como la minería a cielo abierto; la resistencia a tarifazos y a un proceso inflacionario no asumido por los organismos oficiales; o la denuncia de la complicidad del Estado con la burocracia sindical responsable, entre decenas de hechos de violencia, de la muerte del militante Mariano Ferreyra. ¿Es que acaso es incoherente el abordaje de estas temáticas por parte de la izquierda argentina? Se desprende que, para el autor, la izquierda debería haber comulgado con el silencio oficial. Por otro lado, la reflexión se transforma en un absurdo cuando se afirma que el objetivo de la izquierda en estos reclamos es la “acumulación política”. Es una obviedad que una estructura política tenga por objetivo central la acumulación, su desarrollo como organización, el crecimiento de su militancia activa. ¿Es sólo objetivo de las organizaciones de izquierda la búsqueda de un crecimiento político? ¿Es que existe alguna organización política que se piense a sí misma como pequeña o que no tenga perspectivas de acumulación? ¿Es que acaso el kirchnerismo no busca constantemente una acumulación política para su proyecto?

El culto a la movilización

En un intento de ridiculización del conflicto, Kohen afirma que “la familia leninista está al servicio de todas las luchas. No importa qué lucha, por qué lucha, cómo lucha” (Kohen, 2010:20). Con esta lógica se entenderían las constantes movilizaciones por parte de la izquierda. Kohen denomina “Santoral rojo de movilizaciones” a la serie de reivindicaciones que se producen todos los años en diversas fechas (24 de marzo, 1 de mayo, 16 de septiembre, 20 de diciembre, por ejemplo). Lo que pretende aquí el autor es minimizar a la movilización como acción y hecho político. Por un lado, se presenta la falacia de entender a la movilización como “ritual”, esto es, la rememoración de un hecho concreto en una fecha específica que se repite año tras año. La realidad es que no existe reivindicación de algún hecho del pasado si éste no conlleva las demandas y necesidades del presente. Basta relevar los documentos leídos cada movilización de los 24 de marzo para comprender que no se trata de un simple ritual recordatorio sino de la ligazón con aquellas temáticas que suponen una continuidad de la impunidad en el presente. Por otro lado, esta visión simplista de la movilización omite lo más relevante, esto es, la enorme cantidad de acciones callejeras (movilizaciones, cortes de ruta o calles, tomas, etc.) que no se insertan en un ritual para rememorar un hecho del pasado sino que funcionan como reacción ante determinada acción estatal, o bien, como metodología para la obtención de reivindicaciones. La negociación y los acuerdos con organismos oficiales (que el autor visualiza como carencia por parte de la izquierda) fueron precedidos, por lo general, por una acción colectiva sin la cual difícilmente lo primero se hubiera entablado. Paralelamente, la movilización sirvió en los últimos años como freno a procesos represivos o avance de la violencia estatal. ¿Olvida el autor la importancia de la reacción popular ante el asesinato de los militantes Kosteki y Santillán que sirvió de freno a un avance represivo por parte del duhaldismo en 2002? ¿Ignora que fue la movilización lo que impidió que el entonces ministro Aníbal Fernández decidiera cerrar la Plaza de Mayo a las demandas sociales? ¿Desconoce retrospectivamente la importancia de estallidos tales como el Cordobazo, el Rodrigazo o el 19 y 20 de diciembre del 2001 que forjaron rupturas coyunturales en la historia argentina?

Consignas mínimas y objetivo final

Para Kohen, la izquierda menosprecia los conflictos particulares porque sólo le importa el objetivo final (este sería, la revolución). Para el autor, “que se logre el objetivo no importa porque el conflicto será importante como enseñanza” (Kohen, 2010:42). Resulta paradójico que, en diversas oportunidades, desde posiciones ultraizquierdistas, justamente se acusó a la izquierda argentina de abusar de las consignas economicistas (las reivindicaciones mínimas) en detrimento de ese objetivo final. Desde la historiografía marxista británica se teorizó sobre esta importante temática. Uno de los aportes más relevantes recayó en la categoría de experiencia de E.P. Thompson. Este autor, al analizar la formación de la clase obrera inglesa como sujeto histórico, introdujo este concepto para explicar cómo de una situación objetiva (la explotación) se produce el paso hacia la situación subjetiva (el reconocimiento de los intereses comunes y del futuro común). En este sentido, es necesario ahondar qué aspectos dan forma (amén de la explotación) a la conciencia de la clase obrera. La influencia que ejerce un partido revolucionario, las luchas parciales de la clase obrera e incluso las derrotas y la represión de un conflicto (esto es, la lucha de clases) pueden formar ese bagaje de experiencia que de forma a la clase obrera como sujeto histórico. En ese sentido, una organización revolucionaria

juega un papel en esa transición de las condiciones objetivas a las subjetivas. Su papel recae entonces en transformar los intereses históricos e inmediatos de la clase obrera en un programa de movilización, es decir, en una respuesta política para cada lucha real del movimiento de masas, que tendiera a elevar esa lucha hacia la toma del poder. En definitiva, confunde Kohen los elementos teórico - tácticos de una organización revolucionaria: no existe la minimización o el desprecio por las consignas mínimas (existen centenares de ejemplos de participación de la izquierda en luchas salariales, por reincorporación de despedidos, etc.) sino la ligazón entre esas demandas y la transición hacia una superación de esa conciencia que proyecte la necesidad de transformaciones sociales verdaderamente estructurales.

De divisiones y rupturas

Un tema de interés para el autor recae en remarcar que una debilidad de la izquierda argentina es su tendencia a la división y a las diferencias internas, lo que incluye, a su vez, la dificultad para establecer alianzas en, por ejemplo, períodos electorales. El autor explica esta problemática argumentando que “a partir de los conceptos de Freud, se puede decir que hay un narcisismo de las pequeñas diferencias, que implica pelearse y alejarse de aquello que se siente más cercano” (Barrientos, 2010). Aquí, en lugar de buscar una explicación política, se pretende aplicar una mirada desde un confuso psicologismo amateur. Es cierto que a lo largo de la historia de la izquierda se produjeron rupturas difíciles de comprender pero ello no puede soslayar y minimizar que más allá del mote de izquierda, marxistas o revolucionarios que cada organización se otorgue, existen proyectos políticos y concepciones teórico-ideológicas diferentes. No se trata en todos los casos de infantilismos políticos o meras chicanas, se trata de un debate de ideas y concepciones de peso. Sería motivo de un extenso trabajo particular pero basta estudiar las diferencias en los derroteros del trotskismo argentino, el maoísmo o el Partido Comunista, sus posicionamientos ante las diversas coyunturas históricas o sus alianzas perpetradas a lo largo de su trayectoria para entender que existe al interior de la izquierda un profundo debate teórico que no puede minimizarse o reducirse a una confrontación de egos.

Reflexiones finales

No es casual el contexto en el que se inscribe la aparición del trabajo de Kohen. Éste se inserta a finales del año 2010 en el marco de la muerte de Kirchner, la recomposición del kirchnerismo con diversos sectores antes opositores y el punto de partida para la reelección de la actual gestión. En esta coyuntura, el autor pretende demostrar que el proyecto político existente es lo más progresista que puede aspirar el país y, por ello, su pretensión de minimizar a la izquierda como alternativa válida. Actualmente, ya reelecta la gestión kirchnerista, este debate cobra mayor vitalidad. Las últimas elecciones dieron cuenta de una coyuntura política en la que, por un lado, las alternativas por derecha al kirchnerismo se mostraron notoriamente débiles² y, por otro lado, se produjo una continuidad de la crisis de las variantes “progresistas”.³ Por su parte, la izquierda autonomista continuó con su política de aislamiento y desconcierto político.

En este marco, la “izquierda leninista” presentó una alternativa a partir de la conforma-

ción del FIT (Frente de Izquierda y de los Trabajadores) integrado por tres organizaciones revolucionarias (el PO, el PTS e Izquierda Socialista) y apoyado por una importante cantidad de personalidades ajenas a estas estructuras partidarias (la conformación y el sostenimiento de la denominada “Asamblea de Intelectuales, docentes y artistas en apoyo al Frente de Izquierda” fue su expresión más notoria). A partir de allí, incluso mediáticamente, se experimentó un notorio incremento del protagonismo y de la presencia de cuadros de izquierda en distintos espacios. En el contexto de crisis partidaria y discursiva que se experimenta en el país, la izquierda se posicionó como un polo destacado de consulta y de debate en diversos foros (las invitaciones a Jorge Altamira para discutir con economistas liberales la crisis mundial; el debate sobre la gestión de la Ciudad de Buenos Aires; la presencia de Myriam Bregman en las discusiones sobre los derechos de la mujer y la despenalización del aborto, la presencia de dirigentes de izquierda en los debates sobre el sindicalismo y la burocracia, entre diversos ejemplos, son casos testigos de ello). El hecho político de magnitud que esto significa se imbrica con el inicio de un tercer mandato kirchnerista inserto en profundas contradicciones internas: inicio con aumento de tarifas y quita de subsidios, aprobación de la ley antiterrorista, continuidad del modelo sojero – minero (con puebladas como Famatina), la profundización de las alianzas con los caudillos justicialistas bonaerenses y provinciales, escándalos como el caso Schoklender, entre otros ejemplos. Contradicciones que se ubican, a su vez, en la profunda crisis internacional del capital que genera constantes explosiones. Es en este marco que la aparición de una izquierda orgánica de mayor fortaleza se convierte en una alternativa a profundizar y, en este sentido, se explican los (fallidos) intentos intelectuales, como es el caso del trabajo Marea Roja de Daniel Kohen, de menospreciar y minimizar esta oportunidad.

Notas

1 Más paradójico y llamativo aún resulta el hecho de que el autor afirma que no existe un “subte rojo”, como suele creerse, pero identifica entre los trabajadores tres tendencias centrales: una vertiente de “izquierda peronista”, otra de “izquierda leninista” y una última de “izquierda independiente”.

2 Obteniendo escasos porcentajes de votos (como es el caso de la Coalición Cívica o de la UCR) o bien refugiándose en distritos puntuales para no disputar una elección a nivel nacional que no tenía perspectivas de éxito (como fue el caso del macrismo).

3 Proyecto Sur de Pino Solanas no superó el piso de votos necesario para las elecciones primarias y Martín Sabbatella obtuvo un escaso porcentaje de votos en la Provincia de Buenos Aires, por ejemplo.

Referencias

Barrientos, Manuel (2010) “Daniel Kohen: A la izquierda le falta vocación de poder”, en <http://www.revistadebate.com.ar//2010/11/19/3374.php>

Forster, Tomás (2011) “La izquierda está mareada. Entrevista a Daniel Kohen”, en <http://www.orillasur.com/>

Gramsci, Antonio (1999) *Cuadernos de la cárcel*, México: Ediciones Era.

Kohen, Daniel (2010) *Marea roja. La familia de la izquierda argentina. Entre el kirchnerismo, las nuevas luchas sindicales y la amenaza de la fragmentación*, Buenos Aires: Editorial Sudamericana.

Thompson, Edward Palmer (2002) *La formación de la clase obrera en Inglaterra*, Barcelona: Crítica.